



UNIVERSIDAD  
DE LA REPÚBLICA  
URUGUAY



## **TRABAJO FINAL DE GRADO**

### **Algunas consideraciones acerca de las psicosis desde el punto de vista del psicoanálisis.**

Laura González Bulla

4.779.692-9

Tutor: Prof. Agdo. Guillermo Milán Ramos

Montevideo, 30 de Octubre de 2015.

## ÍNDICE

Página 3.....	Resumen/Abstract
Página 5.....	Introducción
Página 6.....	Algunos aclaraciones del planteo freudiano
Página 7.....	Aportaciones de Jacques Lacan en torno al lenguaje
Página 10.....	Conceptos fundamentales
Página 14.....	Psicosis
Página 21.....	Memorias de un enfermo nervioso: breve exposición del caso
Página 24.....	Posibles líneas de análisis del caso
Página 29.....	Algunos planteos en torno al trabajo terapéutico
Página 35.....	Consideraciones Finales
Página 36.....	Referencias bibliográficas

## RESUMEN

Al respecto de las psicosis, el psicoanálisis no siempre ha mantenido igual postura y se trata de un tema que tanto en sus inicios como en el presente ha resultado polémico y motivo de grandes debates, es por ello que se encuentran diversas adhesiones al respecto. En principio Freud y su reticencia a la posibilidad de trabajo con sujetos psicóticos desde el psicoanálisis, donde coloca la imposibilidad transferencial como principal obstáculo, parece establecer una negativa al tratamiento. Más adelante, Lacan, con su retorno a Freud y sus inconmensurables aportes al respecto del tema, desarrolla el concepto de forclusión del Nombre del Padre y abre el campo, promoviendo una necesidad de conceptualizar la psicosis como una de las estructuras freudianas acerca de las que el psicoanálisis tendrá mucho que decir. Involucrando elementos de la lingüística, Lacan propone entender los sujetos psicóticos como inscriptos en el lenguaje pero con una falla a nivel de la cadena de significantes, lo que da lugar a una clínica inmersa en sus particularidades.

El caso paradigmático Schreber, permite articular los aportes de éstos y ulteriores autores al respecto de la clínica de la psicosis, despertando inquietudes y una necesidad de problematizar el campo de la psicosis entendida como estructura.

**PALABRAS CLAVE:** psicoanálisis, psicosis, estructura, Nombre del Padre, Lacan, Freud.

## ABSTRACT

Regarding Psychosis, Psychoanalysis has not always endorsed the same approach, not even nowadays, in which various ideas are supported and still debated. First, Sigmund Freud pointing out the inability to work with psychotic people, which he put down to the patient's impossibility of transference enactment as the main barrier, being this phenomenon of vital importance when it comes to psychoanalytic clinical work. Later, psychoanalysis reaches a totally new level when Lacan not only brings Freud's theory back to life, but also makes invaluable contributions with the Name of the Father concept, engendering the need for conceptualization of psychosis. By taking advantage of certain linguistic concepts, Lacan recommends the understanding of different possible structures which are tightly related to language and speech, suggesting psychotic individuals, are immerse in language but show shortcomings in the signifying chain, which gives rise to the necessity of a tailored clinic.

Schreber's psychoanalysis paradigmatic case enables to articulate these contributions to psychosis together with subsequent theories while arising curiosity and the need to analyze the field of psychosis, considered as a structure in itself by Lacan.

**KEY WORDS:** psychoanalysis, psychosis, structure, Name of the Father, Lacan, Freud.

## INTRODUCCIÓN

A través del presente texto se pretende dar cuenta de algunas de las producciones teóricas que surgen desde el psicoanálisis acerca del tratamiento de la psicosis, procurando plasmar las dificultades y posibilidades que dicha estructuración psíquica presenta al momento del abordaje terapéutico. Siendo Sigmund Freud considerado el padre del psicoanálisis, muchos de sus aportes resultarán de capital trascendencia a estos fines, pero entendiendo que el campo de la psicosis no fue el terreno en que más vasta resultó su teorización, es necesario recurrir a lo propuesto por otros autores al respecto del tema. Es por ello, que los aportes de Lacan resultarán centrales, ya que en su propuesta de retorno a Freud y en su reformulación de algunos de los postulados, va a plantear algunos de los conceptos centrales en torno a los cuales la clínica de la psicosis se funda en el presente.

Asimismo, el caso Schreber, se plantea hoy en día como uno de los casos paradigmáticos del psicoanálisis, recayendo su importancia en el hecho de que resultó de un atractivo particular, por las características que presenta, y de igual manera, generó cuestionamientos y replanteamientos a nivel teórico, dejando de manifiesto los puntos débiles que presentaba la teoría psicoanalítica desarrollada hasta el momento. Es por ello, que a pesar de revestir ciertas particularidades que dificultaron su análisis o entendimiento, se plantea en este texto como el caso al que se referirá a fines ilustrativos y por ser disparador de cuestionamientos y posteriores planteos valiosos.

Es entonces que de la articulación de elementos teóricos con algunos elementos recogidos del caso Schreber, se pretende dar cuenta de algunos planteos existentes y lo que de ellos resulta a nivel de trabajo clínico, sin pretender un planteo acabado y completo, sino simplemente articular algunas de las propuestas, y entender al tema como un constructo que continúa siendo trabajado constantemente, y sobre el que sigue habiendo muchísimo movimiento.

## ALGUNAS ACLARACIONES DEL PLANTEO FREUDIANO

A lo largo de su obra, Sigmund Freud ofrece un entramado conceptual sobre lo que respecta al psiquismo humano, su desarrollo, funcionamiento y mecanismos. Las conocidas tópicas freudianas sientan las bases de un modo particular de entender al psiquismo humano. En un primer momento se establece la existencia de distintas instancias psíquicas que coexisten en un especial inter juego, Freud las designa como *conciencia, inconsciente y preconscious*. Más adelante lo convoca la necesidad de identificar, describir y nombrar otra tríada de instancias concernientes al funcionamiento psíquico y que añaden complejidad al entendimiento, constituyendo así su segunda tópica: ello, yo y superyó. Según las definiciones planteadas en el *Diccionario de Psicoanálisis*, entendemos que “El ello constituye el polo pulsional de la personalidad; sus contenidos, expresión psíquica de las pulsiones, son inconscientes, en parte hereditarios e innatos, en parte reprimidos y adquiridos.” (Laplanche & Pontalis, 1971, p.112). Con respecto al superyó, “(...) su función es comparable a la de un juez o censor con respecto al yo. Freud considera la conciencia moral, la auto conservación, la formación de ideales, como funciones del superyó.” (Laplanche & Pontalis, 1971, p.419); y finalmente “(...) el yo se encuentra en una relación de dependencia, tanto respecto a las reivindicaciones del ello como a los imperativos del superyó y a las exigencias de la realidad. Aunque se presenta como mediador, encargado de los intereses de la totalidad de la persona, su autonomía es puramente relativa.” (Laplanche & Pontalis, 1971, p.457)

Centrándose principalmente en el tratamiento y mecanismos inherentes a la neurosis, Freud la entiende como una de las formas posibles de estructuración psíquica. Sin embargo, y a pesar de no haberse enfocado en ello, su obra plantea elementos de real valor en lo que refiere al campo de la psicosis, entendida como otra forma posible de estructuración psíquica.

## APORTACIONES DE JACQUES LACAN EN TORNO AL LENGUAJE

En un contexto donde el psicoanálisis post freudiano se encontraba en crecimiento, alejándose muchos de sus exponentes de los planteos originales, Jacques Lacan, propone un *retorno* a la obra freudiana. Jacques Lacan revisó puntillosamente y reformuló la teoría freudiana aportándole elementos de gran interés en lo que a psicosis respecta. Este autor toma elementos de la lingüística, y establece en torno a ellos una trama que va a resultar el eje de su planteo: “el sistema del lenguaje, cualquiera sea el punto en que lo tomen, jamás culmina en un índice directamente dirigido hacia un punto de la realidad, la realidad toda está cubierta por el conjunto de la red del lenguaje” (Lacan, 2004a, p.51). No obstante realiza la distinción que no debe pasar inadvertida, entre la lingüística como disciplina, y lo que él pone a trabajar en torno al psicoanálisis, a lo que llama *lingüistería*. A pesar de tener puntos de contacto, la principal distinción radica en el hecho de que a los efectos del psicoanálisis, el foco va a estar colocado en el ser-hablante y no en las generalidades y formalidades involucradas en el discurso y los signos que lo componen. La propuesta lacaniana entiende que el sujeto se constituye como efecto del significante y por ende, del lenguaje. Es preciso aclarar otra distinción propuesta por Lacan a nivel de nomenclatura, donde introduce el término “Lalengua”, proponiéndolo como algo distinto de la lengua, en el sentido de que Lalengua es aquella instancia donde el Otro convoca al sujeto. Lalengua será entonces única y particular de cada sujeto, a diferencia de la lengua que resulta compartida por una comunidad. “Lalengua puede ser definida como aquello que de lo simbólico, del lenguaje, es estructurante del sujeto, como la forma en que el lenguaje se encarna en un cuerpo y se hace cuerpo” (Becerra, 2014, p.52). En primer lugar, entiende al sujeto como un efecto del lenguaje, en función de lo cual se estructura su psiquismo. Para Lacan, el inconsciente se estructura como un lenguaje. Ya que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, el interés recae sobre la comprensión de esa estructura, a modo de aportar una inteligibilidad que permita el desarrollo de la disciplina tal como la propone Lacan. Entonces “Al darle primacía a la *estructura*, se excluye y descentra al sujeto como factor explicativo, dejando de representar el papel central de la verdad, para pasar a ser un simple nudo en la red de la estructura, evidenciando la función del lenguaje” (Ibídem, p.53). El autor, se sirve entonces, de los conceptos de significado y significante planteados por Saussure. Saussure (1945) establece que el signo lingüístico es una entidad psíquica conformada por dos caracteres primordiales, siendo estos el concepto y la imagen acústica, es decir, el significado y el significante respectivamente, unidos por un lazo arbitrario en una relación recíproca. Lacan, por su

parte, va a realizar ciertas modificaciones a lo planteado originalmente por Saussure, rompiendo con la relación significado-significante tal como la planteaba este lingüista, posicionando al significante con un valor superior al del significado, hablándose de una primacía del significante y no de una reciprocidad en el vínculo que los une. Becerra (2004) plantea que estas modificaciones introducidas a lo planteado por la lingüística estructural en primera instancia, inciden directamente sobre el concepto de estructura tal y como lo va a proponer Lacan. Al atribuirle una supremacía al significante, y entendiendo que la relación de significantes es aquella que puede dar cuenta del significado, la cadena mínima a la que se puede reducir esta estructura es justamente de significantes. “(...) sistema de significantes, una cadena de significantes que por sí misma está articulada y constituye la estructura que permite comprender el orden de las cosas, y en consecuencia del sujeto.” (Becerra, 2004, p.57). Lacan (2008) plantea que un significante es aquello que representa el sujeto para otro significante y que va a determinar la división del sujeto; asimismo cada significante va a ser único para cada sujeto y va a cobrar sentido siempre que se ubique en una concatenación con otro u otros significantes, siendo estas dos características la de sustitución y la de combinación respectivamente, se las puede asociar a ambas con las figuras de metáfora y metonimia. Al respecto de metáfora y metonimia, deben distinguirse los rasgos que caracterizan a uno y otro fenómenos del lenguaje entendiendo que en el caso de la metáfora, el proceso de sustitución en ella acaecido “(...) se refiere a entidades asociadas en el código, pero no en el mensaje dado (...) los signos están ligados entre sí por diversos grados de similaridad que fluctúan en la equivalencia de los sinónimos y el núcleo común de los antónimos” (Jakobson, 1980, p.110). Al respecto Lacan (2007d) afirma que

La chispa creadora de la metáfora no brota por poner en presencia dos imágenes, es decir dos significantes igualmente actualizados. Brota entre dos significantes de los cuales uno se ha sustituido al otro tomando su lugar en la cadena significante, mientras el significante oculto sigue presente por su conexión (metonímica) con el resto de la cadena. (p.487)

Mientras que en el caso de la metonimia, vinculada al proceso de combinación, “(...) las entidades a que se refiere se hallan asociadas, bien en ambos (código y mensaje), bien solamente en el mensaje (...) los elementos de un contexto se encuentran en situación de contigüidad” (Jakobson, 1980, p.110).



Debe entenderse el lugar de trascendencia en que ubica Lacan al lenguaje a los fines psíquicos: "(...) al psicoanálisis, le interesa el sujeto, el sujeto lingüista, es decir, el ser-hablante, el *parlêtre*, donde irrumpe el deseo con respecto al goce (...)" (Becerra, 2004, p.52), el sujeto es entendido como efecto del lenguaje, un lenguaje que lo atraviesa y divide. Asimismo, entender al sujeto como efecto de lenguaje permite también poner en juego el concepto de estructura, que resultará sustancial a muchos fines. El esclarecimiento de la noción de estructura para Lacan es convocante, ya que en torno a ella gira el entendimiento de la psicosis desde el psicoanálisis. En función de cómo va a estar ubicado el sujeto en su discurso, es que Lacan plantea la existencia de tres estructuras, a las que nombrará como Estructuras Freudianas, por los aportes que dicho autor tuvo a los fines de este esclarecimiento sustancial. Tales estructuras, la neurótica, la psicótica y la perversa, dependerán entonces de los efectos del lenguaje, o del significante, que operen en cada sujeto. "Lo mismo que muchos otros psicoanalistas, Lacan diferencia tres categorías nosográficas principales: la Neurosis, la Psicosis y la Perversión. Su originalidad reside en que él considera que estas categorías son estructuras, y no sencillamente colecciones de síntomas" (Evans, 2007, p.84). De esta manera, la noción de estructura va a tener una trascendencia vital en el desarrollo terapéutico, ya que en base a ella, es que se va a proponer la dirección del tratamiento, motivo por el cual resultan de cabal importancia los primeros momentos de trabajo con el analizante, donde el terapeuta va a procurar aprehender el lugar estructural que este ocupa. "Hay que darse cuenta, simplemente, de que nunca, como sujetos, somos más que efectos del significante. La estructura trabaja precisamente en la administración de estos efectos significantes, y sobre ello no ejercemos ningún dominio" (Dor, 2006, p.33).

## CONCEPTOS FUNDAMENTALES

Con el fin de adentrarse en el campo de la psicosis, es preciso referir a ciertos fenómenos, que a la mirada del psicoanálisis, tal como lo planteó Freud y lo reformuló Lacan, resultan constitutivos del aparato psíquico.

En la clase número 7 del seminario 1, Lacan hace mención a la trascendencia del estadio del espejo, entendiendo que “no es simplemente un momento del desarrollo” (Lacan, 2007b, p.121), sino la concreción de la distinción entre el cuerpo propio y la realidad. El autor establece su teoría del estadio del espejo, como la piedra fundante para la constitución del yo. Esta instancia de las primeras imágenes especulares, si son acompañadas exitosamente, tienen elementos formativos del yo. Es decir, que el feedback que existe en este estadio, le va a permitir al sujeto, habiendo operado de forma efectiva, realizar una distinción sustancial para su estructuración. No debe dejarse de lado la cabal importancia que la abstracción del afuera y adentro tienen a los fines psíquicos. El autor plantea la importancia de la primera visualización por parte de la *cría humana* de su imagen especular; para ello, argumenta que el infans, entre sus seis y dieciocho meses de edad aun no coordina ni controla totalmente su cuerpo, y es absolutamente dependiente de los adultos que lo rodean. Este infans, al encontrarse cerca de un espejo, y reconocer su imagen en él, percibe la imagen de un todo, a diferencia de lo que la percepción sensorio-motora le permite percibir. La importancia de este hecho, radica justamente en la introyección de la propia imagen como un todo, a pesar de vivirse como partes segregadas; esta va a ser la primera identificación imaginaria de la que el sujeto se va a servir y que va a articular su yo. Asimismo, Lacan le atribuye a este estadio una función alienante, esa imagen percibida que se muestra completa, funciona como un otro y se va a asociar con lo que el autor plantea como ideal del yo.

La mirada del otro, constituye un elemento de especial interés para concebir y entender al Yo como dividido, como un inter juego dialéctico. Esta mirada del otro - no necesariamente entendida como otro de carne y hueso mirando, sino también como la ilusión, o la admisión de su posible existencia - pauta una división, entre el Yo que cada uno cree sostener, y el que los otros devuelven a través de la misma. Es un doble juego donde un ser hace del otro su objeto, pero al mismo tiempo es colocado en igual posición por el otro. Allí radica el conflicto: esta operación viene a romper con la ilusión de unidad, de totalidad indivisible y omnisciente. Este conflicto es necesario y funcional a la economía psíquica: “A partir del momento en que existe esta mirada, ya soy algo distinto en tanto yo mismo me siento devenir objeto para la mirada del otro.

Pero, en esta posición, que es recíproca, el otro también sabe que soy un objeto que se sabe visto” (Lacan, 2007c, p.314).

Otro de los fenómenos descritos por el psicoanálisis que resulta de cabal importancia a los fines de acercarse a un entendimiento de la estructuración psíquica, es el complejo de Edipo. “La prenda del análisis no es sino reconocer qué función asume el sujeto en el orden de las relaciones simbólicas que cubre todo el campo de las relaciones humanas, y cuya célula inicial es el complejo de Edipo” (Lacan, 2007a, p.111). Es en 1900, donde Freud nombra por primera vez dicho fenómeno en *La interpretación de los sueños*. En sus Contribuciones a la Psicología del amor, bajo el título *Über einen besonderen Typus der Objektwahl beim Manne*, traducido del alemán como: *Sobre un tipo particular de la elección de objeto en el hombre*, Freud describe el ingreso al complejo como el momento donde el niño “empieza a anhelar a su propia madre en el sentido recién adquirido y a odiar de nuevo al padre como un competidor que estorba ese deseo; en nuestra terminología: cae bajo el imperio del complejo de Edipo” (Freud, 1991a, p.164). De esta manera se establece que el niño, toma como objeto de amor a su madre, asignándole el rol de rival al padre, siendo éste quien se interpone en su vínculo con la madre, y de la misma manera, la niña va a tomar como objeto de amor a su padre, colocando la rivalidad en su madre. El complejo de Edipo, se va a reeditar durante la adolescencia del sujeto, propulsando esta vez, una búsqueda en el exterior de la triangulación original, donde el joven va a procurar alejarse para colocar entre sus pares la búsqueda del objeto. La instauración original del complejo, ocurre en la fase fálica del desarrollo y es por eso que se habla de una primacía del falo.

Lacan realiza ciertas modificaciones a nivel de estructura con respecto a lo planteado en principio por Freud, principalmente en torno a la triangulación. Freud planteaba la relación triangular, estableciendo a la madre, el padre y el niño como los vértices de este triángulo. Por su parte, Lacan, va a organizarlo de forma diferente, estableciendo que el falo es el significante de deseo primordial en esta causa, y por tanto es aquello que existe en común entre la madre y el niño, ubicándolo en el vértice superior del triángulo, y a la madre y al niño en los vértices inferiores; colocando al padre como otro de los elementos en juego, pero no incluyéndolo directamente en esta triangularidad, sino como un cuarto elemento. De esta forma, queda representado en su esquema, la intención del niño, de representar el falo para la madre, de completar su falta.

El Edipo, se articula con otro de los importantes postulados del psicoanálisis, el complejo de castración. Éste, cuenta con diferentes fases por las que atraviesa el niño y gira en torno a la abstracción de la diferenciación genital entre hombres y mujeres. Existen ciertas particularidades según sea dado en un niño o una niña, en este caso se atenderá especialmente a aquel que atañe a los varones. A partir de su experiencia con Juanito, niño con el que Freud trabajó a pedido de su padre, y recuerdos de algunos de sus pacientes adultos, Freud comprobó que en una primera instancia, todos los niños tenían el convencimiento de que la posesión de un pene era universal para todas las personas. A continuación, y en consecuencia de sus prácticas autoeróticas, motivadas por el fantasma de posesión sexual de la madre, como se menciona en el complejo de Edipo, el niño recibe amenazas verbales que ponen en juego la pérdida de su miembro. “La amenaza de castración apunta al pene, pero sus efectos recaen sobre el fantasma del niño de poseer un día a su ser amado: la madre” (Nasio, 1988, p.17). Estas amenazas van a cobrar cabal sentido luego, y ante la observación de la zona genital femenina, cuando lo invade la angustia que implica la posibilidad de algún día, perder su pene, asociando la falta de pene observada, con aquellas amenazas que le fueron proferidas. Ante la disyuntiva, el niño opta por salvar su miembro, la angustia de castración lo convoca, provocando una renuncia a la posesión de su madre y el amor edípico que a ella reservaba. Así mismo, se desprende de este fenómeno otro elemento de gran trascendencia a nivel de estructuración psíquica, vinculado al superyó. Las amenazas que le fueron proferidas, y que motivaron a su alejamiento del amor edípico para con la madre, se internalizan a modo de ley, dan lugar a la ley paterna, aquella que dictará principios básicos a los cuales adaptar su comportamiento. “Esta crisis que el niño tuvo que atravesar fue fecunda y estructurante ya que lo capacitó para asumir su falta y producir su propio límite” (Nasio, 1988, p.19).

El concepto introducido por Lacan como Nombre-del-Padre, es una interesante articulación de los postulados mencionados anteriormente, y resultará sustancial para los planteos lacanianos sobre la psicosis. Lacan sostiene que el Edipo y la función paterna, se encuentran en una correlación estrecha y excluyente, no pudiendo existir uno sin el otro. De hecho, la metáfora paterna, se vincula con uno de los tiempos que Lacan plantea para el Edipo, donde el padre, realiza un llamado a la madre, que se encontraba en la situación triangular en torno al falo, y la convoca; en ese punto, se da un desplazamiento de los lugares, introduciéndose el padre como uno de los vértices de la nueva triangularidad, que va a provocar a su vez, un corrimiento del niño, en

respuesta del de la madre. En este punto, es preciso aclarar que el hecho de que exista un padre presente o ausente físicamente no afecta a la función paterna como tal, pudiendo ésta estar presente de todas formas. Esta ley paterna, va a aportar una de las prohibiciones estructurantes, la prohibición del incesto, la prohibición de la madre: "...él prohíbe al pequeño niño hacer uso de su pene en el momento en que dicho pene comienza a manifestar lo que llamaremos veleidades. Ésta es la relación de la prohibición del padre con respecto al impulso real" (Lacan, 2004c, p.176). El autor precisa que, más allá de que tanto la madre como el padre intervengan en la amenaza de castración, es finalmente el padre, quien en el plano de lo real, se interpone en la posesión de la madre, actuando ésta, en el plano simbólico, a modo de frustración. Teniendo en cuenta que el primer significante que el niño introyecta, es el significante materno, el significante paterno va a sustituirlo a modo de metáfora. "De esta forma la función paterna alza un obstáculo frente al goce incluido en la relación madre-niño, trazando una tachadura sobre el deseo de la madre y oponiéndose a la instauración de una completud imaginaria" (Novas, 2004, p.7).

"El Nombre-del-Padre, expresión de origen religioso, no es el equivalente del nombre patronímico de un padre particular, sino que designa la función paterna tal y como es internalizada y asumida por el niño mismo" (Nasio, 1988, p.223). Cabe destacar que este significante va a estar sujeto al lugar que ocupe la madre en la tríada, es decir, que esa madre debe, de alguna manera, habilitarlo en el campo de lo simbólico en función de su deseo; el niño, por su parte, también va a incidir, en el modo en que esa función paterna de ley, es integrada:

Se trata de una formalización del complejo de Edipo basada en el principio de su reducción a un proceso metafórico. El padre y la madre solo intervienen allí en cuanto significantes. El producto de la operación es triple: el Nombre del Padre se inscribe, de forma que la madre queda interdicta, ocupa el lugar del Otro y cae en el olvido, mientras que el falo le es dado como significado al sujeto. En adelante, este último ya no se siente librado a la omnipotencia del capricho materno, ya no se ve sometido a la diversidad de significaciones particulares inducidas por el deseo de la madre, y será capaz de orientarse respecto a la significación fálica, que posee una función de normativización del lenguaje. La función fálica hace que el sujeto sea apto para inscribirse en discursos que constituyen un vínculo social. (Maleval, 2009, p.83)

## PSICOSIS

Resulta de utilidad para el entendimiento de la psicosis, establecer ciertos paralelismos con la neurosis tal y como lo planteó Freud, con fines meramente ilustrativos e introductorios, puesto que las posteriores formulaciones de Lacan van a resultar de particular trascendencia para entender la clínica de las psicosis. “La neurosis es el resultado de un conflicto entre el yo y su ello, en tanto que la psicosis es el desenlace análogo de una similar perturbación en los vínculos entre el yo y el mundo exterior” (Freud, 1991e, p.155). Se entiende entonces una sustancial distinción en el origen de los conflictos en uno y otro caso. En la neurosis el conflicto radica en elementos del ello que resultan avasallantes para el yo, lo que desata un mecanismo defensivo articulado por el yo a fin de hacer de ese conflicto una situación más tolerable. Freud propone a la represión como mecanismo neurótico por excelencia, en donde el sujeto emprende una huida o escape de aquel conflicto que compromete parte de su realidad psíquica. Este trozo de realidad evadido, retorna de forma simbólica convocando nuevamente al sujeto. “El síntoma neurótico cumple el papel de la lengua que permite expresar la represión” (Lacan, 2004a, p.91). Por otro lado, en el caso de la psicosis, la diferencia radica en primera instancia en el origen del conflicto, estando ubicado en el relacionamiento con el mundo exterior; en este caso el sujeto apela a otras vías con las que lidiar con dicho conflicto. La forma en que el psicótico procura resolver tal conflicto es anulando la realidad, estableciendo un corte a partir del cual sustituye esa realidad que lo aqueja con otra que le resulta, de algún modo, más tolerable, o al menos distinta, a través del delirio. Freud explica las formaciones delirantes justamente como elementos con los que se sustituye la realidad por otra, identificando las alucinaciones como este intento en su forma más radical. Estas puntualizaciones respecto a ambas estructuras, dan cuenta de los distintos orígenes y procesos involucrados en cada una, entendiéndose a aquellos procesos defensivos que acontecen en la psicosis, como procesos más primitivos, o menos desarrollados que aquellos involucrados en la neurosis. Aquí se aprecia uno de los elementos característicos de la psicosis como estructura, que radica en el corte con la realidad, y el re-plegamiento libidinal que experimentan los sujetos, retirando la carga libidinal del mundo exterior y volcándola en sí mismos, así como la presencia de fenómenos elementales y la particularidad de los mecanismos defensivos que en ella opera, punto en el que se profundizará más adelante.

“La psicosis es una defensa inapropiada y mórbida contra el peligro del recuerdo de la castración” (Nasio, 1988, p.212). Freud establece entonces, que la psicosis es el resultado de la operación de un mecanismo defensivo violento, mediante

el cual se procura evadirse de la representación de la castración, ante el hecho del descubrimiento de la madre castrada, la factibilidad de la castración, y la instauración de la prohibición del incesto. Esta defensa, va a diferenciarse de la empleada en los casos neuróticos. “En suma, el peligro contra el cual se defiende el yo es la representación en el inconsciente de una experiencia que comporta dos momentos, el de una afirmación universal y el de la existencia particular de una falta” (Nasio, 1988, p.214). El sujeto se defiende entonces, de la representación ligada a la inscripción que generó el complejo de castración y el modo en que el psicótico lo hace, es la forclusión. En un principio Freud plantea que mientras que la defensa neurótica, como ya se expresó, consiste en sustituir la representación por otra más soportable, en el caso de la psicosis, se trata radicalmente de rechazar por completo la representación y todo lo que ella implica, proyectándola hacia el exterior. Esta idea es luego reformulada, planteándose que la representación es directamente eliminada del registro interior y retorna del exterior; entrando en cuestión la plausibilidad de que haya sido inscrita en algún momento, o no. Sin embargo, a lo largo de su obra, son escasas las referencias a la *verwerfung* tal y como la toma Lacan posteriormente, encontrándose además ciertas variantes que no terminan de solidificar al concepto como tal.

En su Seminario III, Lacan realiza una deconstrucción de las formulaciones teóricas respecto a la psicosis, atravesando diversos autores de gran peso como Kraepelin, Sérieux, Capgras, Wernicke y el propio Freud. En este recorrido, Lacan cuestiona elementos vinculados a la etiología así como a las características del delirio, planteando, en contraposición a lo que sugiere Kraepelin, que la instauración de la patología no necesariamente se da de forma insidiosa, sino que involucra brotes. Asimismo, adhiere a lo planteado por Sérieux y Capgras respecto al supuesto conflicto desencadenante, vinculándolo con elementos relacionales externos al sujeto: “una crisis vital que tiene que ver efectivamente con sus relaciones externas, y sería muy sorprendente que no fuera así tratándose de un delirio que se caracteriza esencialmente como delirio de relaciones, término que es de Wernicke (...)” (Lacan, 2004a, p.31). Otro elemento a destacar, radica en el hecho de que la producción delirante no se encuentra totalmente hermética e impenetrable a factores provenientes del mundo exterior al sujeto, sino que por el contrario, ciertos elementos del entorno pueden ponerse en juego y aportar contenido a dicha producción. A este respecto Lacan plantea la importancia de no caer en la tentación de limitar la producción delirante a una cuestión lineal, donde el sujeto que verbaliza su delirio se encuentra inmerso en el esquema comunicacional que implica emisor y receptor, sino tener en

cuenta que quien emite es también receptor de dicho contenido. El autor también se plantea la siguiente incógnita: “¿A fin de cuentas, qué dice el sujeto sobre todo en cierto período de su delirio? Que hay significación. Cuál no sabe, pero ocupa el primer plano, se impone y para él es perfectamente comprensible. Y justamente porque se sitúa en el plano de la comprensión como un fenómeno incomprensible (...)”. (Lacan, 2004a, p.36) De esta manera, el énfasis recae en la significación que el sujeto atribuye a través de su delirio, es decir, más allá del contenido de este trozo de realidad que el sujeto crea, se debe atender al convencimiento y comprensibilidad que el sujeto atribuye a tales fenómenos. Lacan advierte entonces, que no se debe caer en la tentación interpretativa de la dialéctica inmersa en el delirio, sino que el papel principal que éste juega recae de alguna forma en el fenómeno per se: “Lo importante no es que tal o cual momento de la percepción del sujeto, (...) sea más o menos comprensible. (...) Que lo sea no tiene el más mínimo interés. (...) El fenómeno está cerrado a toda composición dialéctica” (Lacan, 2004a, p.37). Y agrega: “La economía del discurso, la relación de significación a significación, la relación de su discurso con el ordenamiento común del discurso, es por lo tanto lo que permite distinguir que se trata de un delirio” (Lacan, 2004a, p.53).

En un principio, Lacan, se va a servir de tres elementos presentes en el complejo de Edipo en torno de los cuales va a circular la idea de forclusión. A lo largo de su obra, se presentan ciertas variables en el desarrollo del concepto: “(...) hará recaer la forclusión, sea sobre el Todo, sea sobre el Uno, sea sobre su común articulación” (Nasio, 1988, p.220), entendiendo al Todo como la atribución universal de pene presente en el niño en la primera etapa del conflicto edípico, y el Uno como la excepción a esa regla, que el niño encontrará en su madre, articulados a través de la falta, que se establece sobre el final del complejo. Esta tríada está comprendida dentro del terreno de lo simbólico, pero las consecuencias de la forclusión, que sobre ella recae, operan a nivel real. Sin embargo, Nasio (1988) plantea que a lo largo del desarrollo del concepto, Lacan atribuirá otros valores a la tríada planteada inicialmente, adjudicando al Todo el concepto de la madre todopoderosa, al Uno, el concepto del Nombre-del-Padre, y a la falta la ubica en relación al deseo materno. Es entonces cuando Lacan, hará recaer la forclusión sobre el significante del Nombre-del-Padre, entendiéndolo como un significante específico, pero que puede contar con diversos contenidos, siempre vinculados al deseo: “(...) la forclusión es la no-llegada del significante del Nombre-del-Padre en el lugar y en el momento en que estaba llamado a advenir (...) no puede haber acción forclusiva sin la condición de un llamado que la desencadene” (Nasio, 1988, p.224).



En su libro titulado *La forclusión del Nombre del Padre - El concepto y su clínica*, Jean-Claude Maleval señala un aumento en la demanda de sujetos psicóticos, y hace hincapié en la importancia de una correcta elucidación de la estructura por parte del terapeuta, lo cual va a facilitar las condiciones de trabajo, así como lo relacionado a la dirección de la cura. Con respecto a la forclusión, Maleval plantea que “la falla simbólica que designa no pone más trabas al pensamiento que la represión o la renegación. No erige ningún obstáculo que impida concebir que la posición del sujeto psicótico se pueda modificar y elaborar al igual que la del sujeto neurótico” (Maleval, 2009, p.23). De esta forma, contribuye a desmitificar muchos fantasmas generados respecto de la imposibilidad del tratamiento de la psicosis desde el campo psicoanalítico, identificando diferencias, más no características excluyentes en relación al marco conceptual.

Al respecto de la forclusión del Nombre del Padre, Maleval realiza un exhaustivo trabajo donde ubica al concepto de *verwerfung*, forclusión, desde sus orígenes y articula lo planteado por diversos autores. Con respecto a lo producido por Lacan, Maleval identifica en su recorrido, al igual que plantea Nasio, un cierto transitar sinuoso en lo que a las psicosis respecta, pero ubica en la forclusión del Nombre del Padre un elemento que va sufriendo transformaciones pero que a la vez, aporta continuidad a dichas formulaciones, por hallarse en el seno de los planteos.

Según plantea Maleval (2009), “la investigación lacaniana de la psicosis se basa, durante los años cincuenta, en la presencia de una lesión en el campo del Otro. Allí falta un significante. Este no está reprimido, sino forcluido” (p.74). Este significante al que se refiere, es específicamente el Nombre del Padre y no cualquier otro significante. La función que se le atribuye en esta primera instancia es la de habilitar una instalación del sujeto en el discurso de forma ordenada: “(...) el Nombre del Padre constituye una instancia “pacificadora” de las trampas de lo imaginario. Permite ordenar un universo de sentido bajo el cual se ordena el mundo de las cosas, instaurándose así vínculos entre significante y significado” (ibídem., p.76). Con respecto a este punto, cabe destacar que se maneja la idea de padre muerto (padre muerto por el significante), es decir, y como ya se ha planteado, no el padre real que pronuncia la prohibición, sino el significante que lo trasciende, que trasciende su presencia y que una vez instaurado opera de una vez y para siempre: a ello se refiere Lacan con el padre simbólico. Maleval va a continuar trabajando desde la propuesta lacaniana del concepto de metáfora paterna, mediante la cual un significante es sustituido por otro provocando algo nuevo, en este caso, la metáfora paterna, va a

habilitar que, a través del lenguaje, se obtengan respuestas de significación. En relación a lo anterior, y vinculado con la angustia provocada en el lactante ante la ausencia de su madre, se plantea que éste “(...) no dispondrá de ningún medio para discernir el angustiante enigma del deseo de la madre hasta que el Nombre del Padre le proporcione la respuesta fálica correspondiente. Esta última permite interpretar el deseo en el campo del lenguaje” (ibídem., p.84). Si tomamos en cuenta la función paterna operando como metáfora, se desprende que de la forclusión de dicha función se desprenderá una ausencia en la sustitución, lo que hace para ese sujeto que el deseo de la madre puesto allí en juego no sea aprehensible simbólicamente. “Cuando el deseo de la madre no está simbolizado, el sujeto corre el riesgo de enfrentarse con el deseo del Otro experimentado como una voluntad de goce sin límite” (ibídem., p.85). A continuación comienza a entenderse la forclusión como una ruptura en la concatenación de significantes, debido a que la sustitución no operara correctamente, vinculándolo con el concepto de síntoma, tal como lo plantea Lacan, para diferenciarlo del concepto clásico de la psiquiatría, donde el síntoma implicaría la angustia de forma excluyente. Comienza a ponerse en juego la falta en el Otro, el Otro como agujereado, para lo que el sujeto psicótico, forclusión del Nombre del Padre de por medio, no puede dar una significación fálica. Maleval aclara que el descubrimiento de esta incompletud del otro, no es desestabilizador, sino por el contrario, resulta estructurante y colabora con la separación del sujeto. Sin embargo, al no poder proveer una significación fálica, la angustia que ello representa para el sujeto psicótico desencadenará la producción delirante. Maleval plantea que el delirio “(...) tiene por función remediar la carencia fálica, no solo movilizand o significaciones nuevas para construir con rigor una neorrealidad, sino también esforzándose en localizar el goce del sujeto en el significante” (ibídem., p.95).

Si vinculamos a la forclusión del Nombre del Padre con el objeto *a*, entendiend o a éste último como objeto causa de deseo y asimismo con algunos puntos de contacto con el objeto perdido freudiano, Maleval plantea que “el Nombre del Padre se puede concebir como una función que asegura la inclusión del falo en el objeto *a*, es decir, la conexión de este último con el lenguaje” (ibídem., p.98). Se entiende entonces que el Nombre del padre opera para facilitar la inscripción del objeto *a* en términos de lenguaje. De esta forma y ante la carencia del significante fálico, la cadena de significantes se ve interrumpida y el sujeto se encuentra de alguna forma invadido por este goce al que no puede dar significación. De esta forma, se desprende la imposibilidad de atribuirle al Nombre del Padre una noción de universalidad ya que al estar vinculado con la regulación del goce y por ende al objeto

a, existirá una pluralidad de objetos causa de deseo, dependientes de la diversidad subjetiva. Podemos afirmar entonces que habrá tantos Nombres del Padre como objetos *a*. Al vincular la forclusión a una no regulación del goce, o un desencadenamiento del mismo, Lacan plantea la idea de *empuje a la mujer*, argumentando que en el caso de la mujer, no todo el goce se encuentra subordinado a lo fálico, y es justamente por este punto que el autor entiende la abundancia de referencias homosexuales en los casos de psicosis. Más adelante, y propulsada por el estudio del caso Schreber, se plantea la noción de erotomanía mortificante en el marco de la clínica de la psicosis, “dicha tesis destaca la propensión del psicótico a situarse como un objeto entregado a la malevolencia del Otro gozador” (ibídem., p.122). Esta elaboración lacaniana parece echar por tierra lo planteado por otros autores respecto a la psicosis de transferencia - siendo este un intento de ajuste de la neurosis de transferencia al trabajo con psicosis, pero que no resulta sólido o sostenible por imitar un modelo tomado en referencia a la neurosis que no atiende las particularidades del campo de las psicosis. Otro de los mojones sustanciales en la teorización del significativo Nombre del padre y su forclusión radica en la cadena borromea tal y como la propone Lacan, tratándose de una forma particular en la que los tres registros (imaginario, simbólico, real) se conjugan, y con la que sobre el final de sus postulados el autor vincula al significativo. “Un anudamiento de los tres elementos parece constituir la topología mínima capaz de captar la estructura del sujeto. La realidad en la que se mueve el ser hablante solo se construye mediante este entrecruzamiento” (ibídem., p.126). La cadena borromea, propone una conjunción particular de los tres registros mediante la cual se encuentran vinculados entre sí, con la particularidad de que la presencia de los tres es necesaria para sostener la cadena, es decir, ante la ausencia de uno, los otros no pueden permanecer unidos. Además, se habla de tres agujeros, que en conjunto conforman la cadena y de la misma manera un agujero central, en el que es posible ubicar al objeto *a*. Asimismo, Lacan va a asociar a los registros tres formas de Nombre del Padre, ya que este significativo resulta indisociable de los mismos.

No hay duda de que las últimas elaboraciones de Lacan incitan a concebir la forclusión psicótica fundamentalmente como una carencia del anudamiento borromeo de la estructura del sujeto. Cuando los  $S_1$  del *sinthoma* demuestran no ser aptos para sostener la división del sujeto, o bien se dispersan (ausencia de nudo), o bien se aglutinan con los  $S_2$  (nudo de trébol). En el polo esquizofrénico de la psicosis, el goce de la *lalengua* se muestra desencadenado, tiende a atormentar los órganos, y el sujeto apenas consigue tratarlo mediante lo imaginario

para extraer de él algún placer. En el otro polo, la certeza delirante resulta inmovible; imaginario, simbólico y real son, cada uno de ellos, la prolongación de los otros dos, de forma que el goce se adhiere a formaciones imaginarias, haciendo posible de esta forma la existencia de procedimientos de homeostasis. El delirio surge como una tentativa para instalar una suplencia del Nombre del Padre que falla; su trabajo, al igual que el del síntoma, opera a partir de la letra para conseguir fijar el goce. (ibídem., p.136-137).

A lo largo de la citada obra, Maleval realiza un recorrido por los trastornos de lenguaje presentes en los sujetos psicóticos, presentando lo planteado por diversos autores al respecto de los mismos y ubicando ciertos nexos con la lingüística. Este recorrido planteado por el autor, atraviesa los neologismos, las glosalias, la primacía de la letra, la carencia de la significación fálica, la desregulación del aparato del goce y la holofrase, y manifiesta: “Nunca se han podido describir reglas sistemáticas capaces de definir divergencias entre el conjunto de los enunciados estándar de la comunidad lingüística y los enunciados de sujetos que presentan síntomas claramente distinguibles” (ibídem., p.162). Para argumentar esta idea, se plantea que muchos de los elementos propuestos, son pasibles de ser observados en sujetos que no posean una estructuración psicótica, y por ende son irreductibles al campo de la psicosis, no pudiendo establecerse reglas generales que permitan una discriminación específica a raíz de dichos trastornos. Asimismo, el autor plantea que más allá de las producciones anómalas del lenguaje o de los fenómenos per se, la importancia radica en las funciones que estos poseen a los fines de la economía psíquica del sujeto. “No es la producción de neologismos, ya sea esta rica o discreta, lo que indica la estructura psicótica, sino su función para el sujeto” (ibídem., p.180). Por lo tanto, los trastornos del lenguaje presentes en la psicosis, deben abordarse desde una perspectiva clínica y donde se considere al encuentro como elemento de valor a los fines analíticos.

## MEMORIAS DE UN ENFERMO NERVIOSO: BREVE EXPOSICIÓN DEL CASO

El caso que a continuación se expone, es entendido como uno de los casos paradigmáticos sobre los que el psicoanálisis sienta sus bases. A pesar de tratarse de un paciente con el que Freud no estableció nunca contacto personal, la importancia y lo emblemático del caso radican en el hecho de que las producciones teóricas que de él derivan fueron en cierta manera precursoras de todas las posteriores producciones y avances en torno a la psicosis. Siendo que en un principio Freud establece la imposibilidad del abordaje psicoanalítico, son diversos los autores que más adelante retoman sus formulaciones al respecto del tema y adhieren a otras formas de entendimiento del campo de la psicosis, no como un imposible, sino como un área sobre la que va a ser necesario pensar y replantear conceptos. A pesar de su negativa, también es remarcable la postura de Freud con respecto a las producciones delirantes, donde su aporte marca un antes y un después, afirmando que es posible realizar una lectura analítica del delirio.

Es a comienzos de 1900 cuando Freud toma conocimiento de una publicación autobiográfica que despertó en él particular interés, *Denwürdigkeiten eines Nervenkranken*, traducido al castellano como *Memorias de un enfermo nervioso*. Esta publicación expone de primera mano aquellos padecimientos sufridos por Daniel Paul Schreber, quién en su momento había obtenido altos cargos políticos en su país natal, Alemania.

Es preciso exponer, aunque de forma concisa, los pilares o elementos centrales de tales memorias ya que se acudirá a las mismas a modo de ejemplificar aspectos expuestos en este texto. Daniel Paul Schreber redactó sus memorias en el lapso comprendido entre febrero y setiembre del año 1900, y posteriormente entre 1900 y 1902 añadió una serie de apéndices y comentarios que consideró oportunos a los fines ilustrativos del texto, siendo finalmente publicadas en el año 1903. Como bien lo aclara el autor, y teniendo en cuenta que no fueron originalmente escritas para su publicación, dichas memorias sufrieron algunas censuras en lo que respecta al involucramiento de familiares en la trama de su historia, por lo que la información que de ellas se desprende no permite entender de manera completa y acabada los sucesos o personajes que pudieran influir en la constitución de la estructura. No solo las censuras pueden hacer dificultoso el trabajo de análisis, sino también el hecho de que se cuenta con poca información de la vida del sujeto en los momentos previos a que comenzaran sus padecimientos; aquellos datos con los que sí se cuenta se

desprenden de ciertas menciones que figuran en su relato, pero no conforman una fuente de información biográfica concisa.

La información con que se cuenta acerca del caso refiere a dos momentos principales de su padecimiento: el primero se ubica entre 1884 y 1885, durante el cual presentaba su candidatura al Reichstag, y el segundo a partir de octubre del año 1893, cuando asume la presidencia del Real Tribunal Supremo de la provincia de Dresde. Schreber acusa en estos periodos un exceso de esfuerzo mental como generador de su conflicto. En el primer momento de su enfermedad, Schreber es internado en la clínica del Dr. Flechsig y diagnosticado con hipocondría grave. Luego de la internación Schreber retorna al hogar donde vivía con su esposa, con la que, aclara, tenían problemas para tener hijos y eso era vivido como una gran frustración. En el segundo momento, existe una manifestación onírica que a posteriori resulta central en la trama, el sujeto refiere haber encarnado el cuerpo de una mujer durante la cópula y haber pensado en cuan lindo eso sería; asimismo Schreber acusa no haber tomado con ninguna gracia esta representación, por el contrario, manifiesta el gran rechazo que la misma le provocó inicialmente. A continuación, el sujeto empieza por presentar trastornos del sueño y es nuevamente internado, momento en el cual comienza a referir síntomas orgánicos como un reblandecimiento del cerebro, anuncia el acercamiento de su muerte, presenta ftofobia y susceptibilidad al ruido, así como alucinaciones visuales y auditivas. No es hasta 1894 donde se da el establecimiento definitivo de su estado, el sujeto refiere la destrucción de muchos de sus órganos, siendo su especial vínculo con Dios el que le permitía mantenerse con vida a través de rayos de luz, y estar padeciendo un proceso de mudanza en mujer. Esta mudanza en mujer es planteada como una tarea asignada por la divinidad, que le era encomendada especialmente a él, con el fin de, - una vez hecha la mudanza - poder procrear y generar nuevos hombres, para devolverle a la humanidad la bienaventuranza perdida. La culminación de este proceso habilitaría la muerte natural del sujeto, no siendo posible previamente, por contar con una especie de inmortalidad provista por el mismo Dios, quien le permitía mantenerse con vida durante el proceso de mudanza. Existen, asimismo, elementos contradictorios y en algunos puntos escasos con respecto a su imagen de Dios. A lo largo de este periodo el sujeto presenta varios intentos de autoeliminación, refiere entablar conversaciones con pájaros, árboles y con el sol, presentando otras alucinaciones diversas, entre ellas cenestésicas. Este último periodo de internación, culminaría a comienzos del año 1900, previo a lo cual Schreber realizaría una petición formal para que levantasen su decreto de incapacidad mental, alegando de manera muy detallada poseer el dominio

de sus facultades mentales. Finalmente, y en contraposición a lo planteado por quienes se encontraban en ese momento a cargo de la clínica donde permanecía, es levantada su incapacidad legal, argumentándose que el sujeto era capaz de entablar interesantes diálogos, no observándose alteraciones en sus facultades o inteligencia, siempre que éstos no refirieran directamente al tema central de su delirio.

En sus memorias, Schreber realiza un minucioso relato de los sucesos anteriormente mencionados, explicitando la intención de que su caso y vivencias sirvieran como material para el avance de la ciencia, exponiéndose a la posibilidad de que su caso fuera revisado y criticado por profesionales pertinentes. Habiendo aclarado su escaso contacto con la religión en la etapa previa a su padecimiento, Schreber expone su teoría religiosa estableciendo la existencia de un determinado orden cósmico estrechamente vinculado a los nervios humanos, distinguiendo más de una faceta en el dios que plantea: se establece la existencia de un Dios inferior y un Dios superior. Asimismo, introduce en esta trama la figura del doctor Flechsig quien en un principio fue venerado por él y su mujer, pero a quién luego atribuye intentos de influencia nerviosa hacia su persona, exponiendo una dualidad entre el Flechsig terrenal y aquel en estrecho contacto con dios. Esta dualidad se aprecia entonces tanto en la figura de dios, que resulta compartimentada, como en el propio Flechsig, elemento que luego toma trascendencia en las líneas de análisis propuestas por Freud para el caso. Durante todo el relato, el sujeto hace referencia a fenómenos alucinatorios de tipo auditivos, tratándose de unas voces con las que mantiene contacto casi ininterrumpidamente, y que solían referirse a él con comentarios denigrantes hacia su persona. En torno a las voces que Schreber acusaba, se presenta un interesante fenómeno en el que éstas utilizaban palabras intercambiando los significados originales y le vociferaban frases entrecortadas que él debía completar.

## POSIBLES LÍNEAS DE ANÁLISIS DEL CASO

Ahora bien, ¿dónde radica lo excepcional del caso Schreber? ¿Qué es lo que lo hizo destacarse y trascender en el tiempo de la forma en que lo hizo? Son muchas las particularidades que el caso reviste, particularidades que generaron una vastísima producción, discusiones e investigación por parte de variados autores a lo largo del tiempo. Entre ellas, y a simple vista, se destaca la complejidad de su escrito, lo que genera que leído y releído, sigue encontrándose en él un atractivo particular, incluso abordándolo desde distintas ópticas. Asimismo, como se planteó anteriormente, el caso puso en movimiento al engranaje del psicoanálisis, resultando, en un punto, provocador de nuevos planteos en torno a la paranoia y psicosis en general. A pesar de lo anterior, Jean Allouch (2014) en su obra *Schreber Teólogo. La injerencia divina II*, destaca la paradoja de que inicialmente el texto fue abordado principalmente desde la mirada del campo psi, y no como el mismo Schreber pretendía, desde una óptica vinculada a la teología y filosofía: "(...) para Schreber, el hecho de ser "registrado" en la medicina antes que en la religión prolonga los malentendidos mediante actos claramente arbitrarios" (Allouch, 2014, p.44). En esta obra, el autor realiza una crítica al abordaje y sesgo que se le dio al caso, esgrimiendo que las intenciones del autor no fueron atendidas, sino que por el contrario, las producciones que de su obra derivaron no hicieron más que servirse del texto para sus fines sin dedicarle la lectura que Schreber anhelaba. El autor propone que "se tratará pues de revelar ese saber extrayéndolo de la copiosa obra que escribió durante años y que, por su complejidad, sigue siendo de un acceso tan arduo como, por ejemplo, la *Crítica de la razón pura*" (*ibídem*, p.12). Sin embargo, y a los fines del presente trabajo, resultan destacables los aportes que se desarrollaron en torno al caso desde el ámbito psicoanalítico, ya que permiten dar luz sobre muchos de sus postulados teóricos.

"Schreber tuvo éxito. Tuvo éxito, como pretendía, al constituirse en un caso excepcional que marca una falta en el saber analítico" (Soler, 1991, p.52). Son vastísimas las producciones elaboradas en torno al caso Schreber, y es en algunas de ellas en las que se pretende apoyarse a los fines de articular los postulados anteriores al respecto de las psicosis. Es por ello que a continuación se expondrá un recorrido por lo planteado por diversos autores.

Respecto de las "Memorias...", Sigmund Freud escribe sus *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito*



*autobiográficamente*. Es allí donde plantea que, usualmente, aquellas personas en las que el carácter persecutorio es depositado, ocuparon en un momento un lugar distinto, donde fueron amadas y cercanas al sujeto paranoico. De esta manera “la persecución estatuida en el delirio —afirmamos— sirve sobre todo para justificar la mudanza de sentimiento en el interior del enfermo” (Freud, 1991b, p.39). A este respecto, las memorias de Schreber permiten identificar este brusco cambio de manera clara, al relatar que, luego de su primer tratamiento, y habiendo sido éste exitoso, tanto él como su mujer conservaban un buen recuerdo y gratitud para con el consejero privado Doctor Flechsig, quien había tenido a su cargo el tratamiento de Schreber. Posteriormente, Schreber atribuye al alma de Flechsig diversos intentos de perjuicio, y lo transformará en uno de los ejes del delirio persecutorio, aunque en cierto punto realizando una distinción entre el alma, o las almas posteriormente divididas, malintencionadas, y el hombre de carne y hueso. En el análisis que Freud (1991) propone, alega ciertas dificultades al contar con poca información respecto de la primer enfermedad; sin embargo, establece un nexo entre ésta, el temor manifiesto de su retorno y la representación de encarnar una mujer en la cópula manifestada por Schreber. Al respecto, Freud (ídem.) establece dos posibles líneas de análisis, tratándose, la primera, del recuerdo del Doctor Flechsig que afloró junto con el de la enfermedad, y ubicándolo a él en la posición femenina fantaseada; y la segunda, en la que se puede interpretar un deseo de ver nuevamente a Flechsig. Según propone Freud (ídem.), es posible que aquel recuerdo cariñoso que conservaba Schreber de Flechsig haya tomado connotaciones eróticas, de cuyo rechazo haya podido surgir el repentino lugar de perseguidor que le procuró.

Otro de los elementos de la historia del sujeto que Freud destaca y vincula con el empuje homosexual es un episodio en el que Schreber describe haber tenido una gran cantidad de poluciones nocturnas, que coincide con un período de ausencia de su esposa, en el que ella tomó vacaciones por unos días. A su retorno, Schreber se encontraba particularmente abatido. Freud (ídem.) conjetura que la presencia de su mujer permitía a Schreber mantener a una distancia suficiente aquellas fantasías homosexuales, viéndose éstas manifiestas con su ausencia: “(...) si admitimos que en un adulto un proceso de poluciones no puede producirse sin coparticipación anímica, complementaremos las de aquella noche con unas fantasías homosexuales que permanecieron inconscientes” (ibídem, p.43).

Argumentando a favor de las hipótesis vertidas previamente, Freud refiere a aquellos que las entiendan de una inverosimilitud tal, como para no poder adherir de

ninguna forma, y complementa lo antes planteado con el concepto de transferencia, manifestando que el sentimiento despertado en Schreber por Flechsig bien puede resultar la actualización de aquel que producía en él su padre, o posiblemente su hermano, posibilitando así que la trama planteada se ciña a los postulados del psicoanálisis y de esta forma tome un carácter menos inverosímil.

Creo que ya no nos revolveremos más contra el supuesto de que la ocasión de contraer la enfermedad fue la emergencia de una fantasía de deseo femenina (homosexual pasiva), cuyo objeto era la persona del médico. La personalidad de Schreber le contrapuso una intensa resistencia, y la lucha defensiva, que acaso habría podido consumarse igualmente en otras formas, escogió, por razones para nosotros desconocidas, la forma del delirio persecutorio. El ansiado devino entonces el perseguidor, y el contenido de la fantasía de deseo pasó a ser el de la persecución. Conjeturamos que esta concepción esquemática resultará aplicable también en otros casos de delirio de persecución. Pero lo que singulariza, frente a otros, al caso Schreber es el desarrollo que cobró y la mudanza [*Verwandlung*] que sufrió en el curso de ese desarrollo. (ibídem, p. 45).

Otro de los elementos que Freud encuentra destacables es el hecho de que la introducción de la figura de Dios dentro de los perseguidores parece implicar una agudización del caso; sin embargo, es la que va a habilitar que estas fantasías homosexuales le resulten más tolerables o no provoquen tanto rechazo, enmarcadas dentro de la mudanza en mujer y con el fin de reestablecer la bienaventuranza perdida, o el orden del universo, convirtiéndose en una tarea que incluso conlleva una cierta espectacularidad y altruismo. De esta forma, plantea Freud que “el yo es resarcido por la manía de grandeza, y a su vez la fantasía de deseo femenina se ha abierto paso, ha sido aceptada” (ídem.). Asimismo, Freud va a establecer que para darse la inclusión de Dios como figura perseguidora, esta debe haber tenido ciertas similitudes con la figura de Flechsig, remitiendo a un episodio en el que Schreber fantasea con haber escuchado una conversación entre el propio Flechsig y su esposa, en la que el primero se refería a sí mismo como Dios Flechsig; de igual manera, la posterior división del alma de Flechsig y la figura de Dios, resultan entonces parte de un mismo proceso, que según Freud es característico de la paranoia. Es por este camino que Freud va a proponer que las figuras de Dios y de Flechsig pueden corresponderse respectivamente a las de padre y hermano de Schreber. Freud destaca la figura paterna, contando con información de su desempeño profesional,

desempeño que lo transformó en una figura remarcable y altamente recordada y venerada en el campo de la medicina. “Un padre así no era por cierto inapropiado para ser trasfigurado en Dios en el recuerdo tierno del hijo, de quien fue arrebatado tan temprano por la muerte” (ibídem, p.48). También se encuentran en la postura que Schreber toma respecto a la imagen de Dios, ciertas ambigüedades que oscilan entre reconocimiento y reproche. Al respecto de la escisión de Dios entre superior (Ormúz) e inferior (Arimán), Freud plantea la hipótesis de que al morir el padre de Schreber, su hermano, siendo mayor, haya podido de alguna manera ocupar ese lugar. Freud afirma que “si la lucha con Flechsig se le revela al enfermo como un conflicto con Dios, nosotros no podemos menos que traducirlo a un conflicto infantil con el padre amado, conflicto del cual unos detalles que desconocemos han comandado el contenido del delirio” (ibídem, p.52). Es entonces que Freud arriba a la conclusión de que a través de la formación delirante, Schreber se despoja de la amenaza que recae sobre su fantasía sexual, de forma que en el desarrollo del delirio, y a través de la figura sustitutiva de Dios, es la misma figura que en un principio amenaza, la que termina exigiendo la concreción de tal fantasía. A raíz de la conclusión anterior, Freud entiende el almicidio propuesto por Schreber como una manifestación de la culpa generada en el sujeto. Además, Freud propone que la referencia de Schreber a un temor ante las consecuencias del cese de su pensamiento pueden emparejarse con la usual presencia de un temor a la pérdida de la razón por volcarse a actividades autoeróticas. Finalmente, Freud manifiesta que no debe descuidarse el hecho de que Schreber no haya podido tener hijos, como forma de continuar con el apellido paterno, elemento que se puede vincular con el papel que juega su mudanza en mujer en su producción delirante.

Tomando como eje central lo propuesto por Freud al respecto del caso Schreber, se pretende, a continuación, su articulación con lo que posteriormente aportaron otros autores que fueron un poco más allá, tomando como postulado de base la forclusión del significante Nombre-del-Padre entendida como un desencadenamiento del goce, una de cuyas manifestaciones radica en los trastornos de lenguaje presentes en la psicosis.

A modo global, y teniendo en cuenta los posibles desencadenantes de las dos primeras internaciones de Schreber, pudiendo la primera ser asociada a la pérdida de las elecciones de la candidatura al Reichstag, tal y como se plantea en la conferencia *La actualidad del caso Schreber* (2010), y siendo la segunda vinculada a la fantasía de ser una mujer sometida al acoplamiento, cabe destacar los posibles

motivos desencadenantes de su última y definitiva internación, durante la que murió y de la que no se referencia en los textos de Freud y Lacan. En la conferencia, se destaca que en el periodo en torno a esta última internación, Schreber se encontraba oficiando de letrado en litigios vinculados a la herencia que su madre dejó a las organizaciones que llevaban su apellido a lo largo y ancho de Alemania, vinculadas con la gimnasia recreativa que su padre había desarrollado. Es entonces que Schreber se encontraba atareado con diversos procesos legales que resolver vinculados a su apellido y la legitimación de algunas de estas organizaciones.

Podemos decir que las tres coyunturas son situaciones en las que Schreber se ve confrontado a tener que responder a un lugar simbólico, en las dos primeras a un lugar cargado de significación paterna, y que carece del elemento significante del NDP para ello, desencadenando toda la disgregación imaginaria y respondiendo con la construcción imaginario simbólica que es el delirio para volver a restablecer un orden en el mundo y situarse de nuevo en él como "la mujer de Dios" que engendrará una nueva raza de hombres. (*La actualidad del caso Schreber*, 2010, p.7).

## ALGUNOS PLANTEOS EN TORNO AL TRABAJO TERAPEUTICO

Uno de los elementos destacados previamente en el texto acerca de la forclusión del nombre del padre radica en un desencadenamiento del goce, que toma al sujeto y al que no puede dar una respuesta fálica. Este fenómeno puede observarse muy claramente en Schreber ante la queja por las voluptuosidades que invaden su cuerpo. “La difícil construcción del delirio surge entonces como una tentativa de remediar la desvinculación del objeto *a*, y como un esfuerzo para obligar al goce desbordante a permanecer dentro de las redes del lenguaje” (Maleval, 2009, p.102). Maleval señala que Schreber se encuentra plenamente abrumado por el goce del Otro, en este caso Dios, al punto de aunar todos sus esfuerzos por satisfacer esa demanda de goce avasallante, que tiene como idea central la emasculación.

A nivel de trabajo terapéutico, Soler (1991), plantea que ese goce no reprimido no debe nunca interpretarse, solo contando con la posibilidad de elaboración, ya que una interpretación puede resultar nociva o no acorde a los fines del trabajo terapéutico tal y como lo plantea el psicoanálisis. Asimismo, esta autora, plantea como otra de las posibilidades de trabajo la idea de orientación del goce, en la que el terapeuta debe oficiar límite de ese goce, “hacer de prótesis a la prohibición faltante” (Soler, 1991, p.10). Al respecto, la autora agrega que “el analista se hace guardián de los límites del goce (...) sosteniendo la única función que queda: hacer de límite al goce (...) la de significante ideal, único elemento simbólico que, a falta de la ley paterna, puede constituir una barrera al goce” (ibídem, p.11).

En *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente* Freud plantea la importancia de los fenómenos delirantes presentes en Schreber, como un recurso curativo al que el sujeto recurre. Al contrario de lo que se podría entender en un principio, al delirio debe entenderse como ese intento y no como una manifestación puramente de enfermedad. A este respecto Soler introduce una interesante pregunta: “¿Qué hace Schreber sino construir una versión de la pareja original, distinta de la versión paterna y en la que el goce en exceso encuentra un sentido y una legitimación en el fantasma de la procreación de una humanidad futura?” (ibídem, p.17). En este sentido es que puede entenderse al orden del universo planteado por Schreber, como el propio orden que el sujeto se propone en beneficio de un ordenamiento del goce. Es aquí donde surge el concepto de suplencia, entendido como distintas formaciones que no operan estructuralmente en un principio, pero que son articuladas por diversos mecanismos con el fin de compensar la falta de significación fálica. De esta manera, el orden del

universo propuesto por Schreber - a partir del cual debe producirse su mudanza en mujer y convertirse en el objeto de goce del mismísimo Dios, para finalmente contribuir en el retorno de la bienaventuranza perdida de la humanidad mediante la procreación - oficia de algún modo una localización del goce, inscribiéndolo en una trama que difiere mucho de la invasión que éste generaba en un principio: "(...) es Dios el que quiere gozar... y es la víctima la que, a falta de ley paterna, toma a su cargo la legalización del goce y quien, en su delirio, construye un orden nuevo en el que el goce se torna justificable" (ibídem, p.40). Asimismo y al respecto de la desregulación del goce y su vínculo con el otro en la paranoia, Soler (2004) puntualiza: "al Otro que "no existe", que es "desierto de goce", la paranoia lo hace existir como gozador" (p.52). Vemos de esta manera descrito el papel de gozador que va a jugar Dios en la producción delirante de Schreber. De esta manera, "(...) elabora una fórmula completa de la relación con el Otro absoluto, digamos: Dios me goza como su mujer (...) es un nombre del goce que se interpone entre Schreber y Dios, a falta de inscripción fálica" (Soler, 2004, p.54).

Soler (2004) va a plantear también un doble lugar ocupado por Schreber. Por un lado en posesión del saber, vinculándolo con aquellas frases que le son dichas por las voces a medias, y que no debe cesar de completar, de atribuir significación, y asimismo en el lugar de objeto a, en el punto donde su goce y el de Dios se ven articulados: "por consiguiente, la inclusión de Schreber en el Otro, se verifica tanto a nivel del significante como a nivel del goce" (ibídem, p.66). Al respecto del trabajo mental constante que implicaba la amenaza que se cernía contra Schreber se aprecia "...lo que Lacan identifica como la necesidad de la supervivencia de la palabra por cuanto ésta funda la existencia humana." (Nasio, 2000, p.72). Se observa entonces el lugar trascendental que ocupará la palabra, aquella que Schreber necesitaba en todo momento para corroborar que aún permanecía con vida, para demostrarle a Dios que aún estaba allí dando pelea. "Si la palabra cesa, Schreber se encuentra, pues, ante el vacío, ante el horror, "en la estacada". Abandonado por el Otro, ya no es nada. El Otro del lenguaje aparece aquí como tal" (ídem.).

"El delirio es una tentativa de curación, es un ejemplo (...) en el que se ve efectivamente, que hay un tratamiento del goce"(ibídem, p.22). Es justamente al respecto del delirio, que Lacan plantea que "So pretexto de que el sujeto es un delirante, no debemos partir de la idea de que su sistema es discordante. Es sin duda inaplicable, lo cual es uno de los signos, distintivos de un delirio" (Lacan, 2004a, p.174). De esta forma, el autor desmitifica, procura alejarse de las trabas que han implicado ciertas categorizaciones psiquiátricas y propone entender la formación delirante como una forma particular de entamar el discurso, de cuya escucha no se

debe privar al clínico, “de modo que la primera regla de un buen interrogatorio, y de una buena investigación de la psicosis, podría ser la de dejar hablar el mayor tiempo posible” (ídem.). Lacan (2004) plantea que el delirio presenta al neologismo como una discordancia a nivel del significante, mientras que a nivel de significación la particularidad radica en el hecho de que la relación de significantes no funciona de significante a significante, sino que remite a la significación per se. “Antes de poder ser reducida a otra significación, significa en sí misma algo inefable, es una significación que remite ante todo a la significación en cuanto tal” (ibídem, p.52). Lo mismo va a suceder en torno a las alucinaciones Lacan genera una propuesta que difiere o que procura romper con la clásica definición de la percepción sin objeto, cuestionándola y haciéndola trabajar en términos de lenguaje, proponiendo que dicha percepción va a depender de la forma en que el sujeto se encuentre inscrito en el lenguaje. Al respecto, Soler (2004), plantea que “(...) el campo de la percepción es un campo ordenado, pero ordenado en función de las relaciones del sujeto con el lenguaje, y no ordenado por el aparato cognitivo, ni por la perspectiva de la percepción” (p.39). De esta manera, se echa por tierra la noción de la percepción con independencia del significante. A este respecto Calligaris(1991b) plantea que lo que permite catalogar de alucinación a un fenómeno no radica en la percepción concretamente, ya que muchas veces pueden ser motivo de alucinación objetos presentes y percibidos por todos. Entonces plantea que “ el problema, una vez más, es el registro en que se sitúa la presencia de la cosa alucinada y no una cuestión de presencia o ausencia en el campo de la percepción” (p.90).

Al respecto del lugar del analista en el trabajo terapéutico de la psicosis, también se ilustran en el caso Schreber una serie de elementos que muestran las particularidades que dicho vínculo va a poseer. Una primera tentativa, y la conclusión a la que arriba Freud por su parte, radica en la imposibilidad del establecimiento de la transferencia, elemento sustancial en el psicoanálisis, y por ende en una imposibilidad de tratamiento. Soler aclara que esta imposibilidad transferencial radica en el hecho de que en el caso de los sujetos psicóticos no puede darse el amor de transferencia tal y como lo plantea Freud, ya que “(...) el sujeto psicótico no tiene otro objeto de él mismo” (Soler, 1991, p.48), entonces o bien no hay lugar para el analista por la retracción en sí mismo del sujeto, o bien el analista ocupa el lugar del perseguidor; siendo este último el lugar que otorga Schreber a Flechsig. “Schreber encontró en Flechsig una figura del saber sobre fondo de anatomía cerebral, figura que actualizaba para él la gran cuestión de la impostura paterna” (ibídem, p.22). La autora plantea que

lo que sucede hoy en día, no se condice con lo planteado inicialmente por Freud, ya que hoy en día el abordaje de la psicosis desde el psicoanálisis es un hecho, un hecho que conlleva riesgos y particulares cuidados, "(...) si está preparado para escuchar y soportar a aquel que no es esclavo de la ley fálica, aún tendrá que medir los riesgos que asume en cada caso, para sí mismo y para algunos otros" (ibídem, p.20); pero es un hecho al fin, siendo muchos los psicóticos que acuden muchas veces de forma espontánea a psicoanalistas. De esta manera, "(...) el psicoanalista presta su significante, su nombre de psicoanalista, y también su presencia, o sea su capacidad para soportar la transferencia delirante" (ibídem, p.51). Pero para que lo anteriormente mencionado pueda desplegarse, la autora plantea tres escenarios posibles donde ubicar al analista en la psicosis. Primeramente "el analista será como el dios de Schreber, el Otro de la voluntad de goce que toma al sujeto por objeto, en forma de persecución o de erotomanía" (ibídem, p.50); otra de las posibilidades plantea al analista idealizado "(...) pero hay que agregar que el sujeto mismo es el primero que se postula como un garante del orden (...) y en este aspecto el analista idealizado no será sino su doblete simbólico, en una suerte de identificación al revés" (ídem.); y finalmente el lugar "(...) del semejante, el del testigo, el del que escucha, que toma nota, que supuestamente comprende y se apiada (...) pero lugar del que está excluida la posibilidad de que se modifique al sujeto" (ídem.).

Calligaris (1991), por su parte, plantea la posibilidad de establecimiento de dos tipos de transferencia, dependiendo del momento en que el sujeto se encuentre. De esta forma plantea que el pedido de un psicótico que no se encuentre en una crisis "(...) es un pedido relacionado con un saber que forma parte de un saber total (...) considero que se trata de una demanda que no se ve porque no podría ser recibida" (Calligaris, 1991b, p.86). Una vez planteada la factibilidad de recibimiento de dicha demanda, Calligaris (1991) va a plantear que la forma en que este pedido debe ser atendido no es aleatoria, ya que de ello depende el curso terapéutico. El autor plantea que dicho pedido no es un pedido terapéutico concretamente, sino más bien lo entiende como un "(...) pedido de paseo en un saber (...)" (Calligaris, 1991b, p.86), entonces uno de los posibles errores sería tomarlo como una demanda terapéutica, pues en ese caso la actitud del analista derivaría en una imposición de trabajo que implicaría necesariamente una crisis. Por otro lado, tal y como añade Calligaris (1991b), si este pedido es tomado como una búsqueda de normatización también es plausible de desencadenar una crisis, dado que se generará una inevitable necesidad de referir a un Nombre del Padre que no se encuentra simbolizado. Finalmente, y al respecto de los distintos escenarios donde se desencadenaría una crisis, Calligaris



(1991b) también sugiere tener en cuenta aquellos casos en los que los sujetos, de alguna manera prevén el advenimiento de una crisis y realizan la consulta, en este caso, el desencadenamiento no dependería tanto de la postura que tomase el terapeuta, sino más bien, de la coyuntura del sujeto. En relación a esta posición transferencial, el autor arriba a la conclusión de que “si es posible producir modificaciones en la constelación paterna de un sujeto psicótico, similares a las obtenidas con un paciente neurótico, es posible auxiliar al paciente psicótico en análisis a construir un delirio viable, esto es, una pseudometáfora paterna” (ibídem, p.63). Al referirse a un paciente fuera de una crisis, el autor realiza una aclaración sustancial al decir que se refiere a un paciente que nunca ha tenido una crisis, ya que se entiende que una vez que un sujeto atraviesa una crisis, nunca se reestablece al estado anterior, sino que puede estabilizarse dentro del funcionamiento de la metáfora delirante, más no volver al estado original. En un segundo caso, y refiriéndose a sujetos que consultan y se encuentran en una crisis, se va a plantear otra posición transferencial vinculada “(...) con la Demanda del Otro. Porque en una situación crepuscular en cuento tal, no hay ningún tipo de defensa que pueda asegurar una posición subjetiva, una significación subjetiva, sea cual fuere” (Calligaris, 1991b, p.87). El autor va a plantear con respecto a esta posible posición transferencial la peligrosidad de las intervenciones ya que estas operarían en un registro imaginario vinculado a la demanda del Otro y no en el registro simbólico en el que fueron originalmente planteadas.

Calligaris (1991) realiza un interesante planteo en torno al cual se vislumbra la dificultad del trabajo del analista con pacientes psicóticos, y justamente el conflicto radica en el hecho de que - supuesto neurótico – en el analista operó un mecanismo de represión de la amenaza castración a pesar de que sus efectos se encuentren operativos, entonces la información a la que lo enfrenta el encuentro con el psicótico es justamente aquello de lo que un neurótico no quiso saber, y de ahí se deduce muchas veces la tentación de normalizar o de inhibir la producción delirante a través de psicofármacos. Es también en torno al desencadenamiento de las crisis que los analistas se enfrentan a críticas o acusaciones, donde se esgrime el argumento de la propensión a desencadenar crisis ante la intervención analítica, a este respecto Calligaris (1991c) plantea que en la mayoría de los casos, “cuando un paciente consulta a un analista, él ya está en un proceso de crisis, o sea, ya está en un proceso de crepuscularización de su saber. Y, en cierto modo, sabe que la crisis ya comenzó.” (p.114).

A pesar de entenderlo como un elemento apresurado de formalizar, al respecto del fin de análisis en el trabajo con psicosis, Calligaris (1991c) plantea que es un camino que “parece tener que pasar por una experiencia Real de la contingencia de la exigencia paterna o directamente, tal vez, del agotamiento de la Demanda imaginaria del Otro” (p.126).

## CONSIDERACIONES FINALES

El recorrido bibliográfico y teórico que el presente trabajo demandó, permite vislumbrar la complejidad del tema que aborda, no perdiendo de vista que este texto pretende ser simplemente un esbozo de algunas de las consideraciones que el psicoanálisis como disciplina va a aportar en torno al tema de las psicosis. De la abundancia bibliográfica, ubicada en distintos momentos y sitios, se desprende la idea de un constructo inacabado que se prolonga y no cesa de generar polémica, y principalmente “pensares”. En ningún momento la teoría parece ser interpelada en busca de una totalidad o punto culmine, por el contrario, lo atractivo radica en el hecho de que las puertas se encuentran abiertas para seguir pensando y repensando la teoría; este hecho se condice además con lo valiosísimo de la obra lacaniana, aquella que propuso un *retorno*, cuando muchos parecían haber perdido la capacidad de seguir repensando la teoría freudiana.

El caso que aquí se esboza, no fue seleccionado de forma aleatoria, sino por el contrario resulta ilustrativo desde diversas perspectivas ya que ofrece no solo interesantes elementos de análisis, sino que también resultó generador de diversas reflexiones y cuestionamientos teóricos vigentes aún hoy y con seguridad siempre, habiendo marcado un antes y un después.

Puntualmente al respecto de la psicosis, los planteos que aquí se pretendió esbozar – que por motivos claros no son todos los que circulan - generan una apertura, una posibilidad de pensar la factibilidad del trabajo terapéutico en estos casos, que resulta motivadora de cuestionamientos e interrogantes. Asimismo se destaca la importancia de todas las instancias que comprenden al trabajo terapéutico de principio a fin, no debiéndose descuidar detalle, ya que, como se sugiere a lo largo del texto, desde el primer momento, el encuentro clínico debe ser atendido con minuciosidad a los fines de orientar el ulterior trabajo.

Finalmente, se destaca el valor que el presente trabajo posee (para quien escribe), habiendo de alguna manera significado un mojón en la formación de grado, entendiéndose que a lo largo de dicho recorrido, psicosis y psicoanálisis no siempre pudieron ser fácilmente emparentados. Es entonces que este humilde recorrido teórico es, por un lado el cierre de una etapa – ya que da cuenta de un interés que permaneció a lo largo de la formación y finalmente puede concretarse en una producción que da respuestas - pero también comienzo de otra que se encuentra fértil y en presencia de interrogantes e inquietudes motivadoras para seguir pensando.

**REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**

Allouch, J. (2014) *Capítulo I: Cuestión de registros en Schreber teólogo – La injerencia divina II* (pp.11-50). Buenos Aires: El cuenco de plata.

Becerra, F. (2014) *De la estructura del lenguaje en Jacques Lacan. Acheronta Revista de psicoanálisis y cultura*, 28, 51-61. Recuperado de <http://www.acheronta.org/acheronta28/becerra.htm>

Calligaris, C. (1991a) *Diferenciación de las psicosis en Introducción a una clínica diferencial de las psicosis* (pp.57-76). Buenos Aires: Nueva Visión.

Calligaris, C. (1991b) *La transferencia psicótica en Introducción a una clínica diferencial de las psicosis* (pp.77-95). Buenos Aires: Nueva Visión.

Calligaris, C. (1991c) *Análisis con pacientes psicóticos en Introducción a una clínica diferencial de las psicosis* (pp.113-131). Buenos Aires: Nueva Visión.

Dor, J. (1985). *Introducción a la lectura de Lacan. El inconsciente estructurado como lengua*. Buenos Aires: Gedisa Editorial

Dor, J. (2006) *Estructuras clínicas y psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu Editores

Evans, D. (2007) *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Paidós.

Freud, S. (1991a) *Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre. (Contribuciones a la psicología del amor, I)* En *Obras Completas* (vol. XI pp. 156-166). Buenos Aires: Amorrortu Editores (Trabajo original publicado 1910)

Freud, S. (1991b). *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente*. En *Obras Completas* (vol. XII pp.1-76). Buenos Aires: Amorrortu Editores (Trabajo original publicado 1911)

Freud, S. (1991c) *Manuscrito H. Paranoia* En *Obras Completas* (vol. I pp. 246–253)  
Buenos Aires: Amorrortu Editores (Trabajo original publicado 1886-1899)

Freud, S. (1991d) *El yo y el ello* En *Obras Completas* (vol. XIX pp. 21-59) Buenos  
Aires: Amorrortu Editores (Trabajo original publicado 1925)

Freud, S. (1991e) *Neurosis y Psicosis* En *Obras Completas* (vol. XIX pp. 151-159)  
Buenos Aires: Amorrortu Editores (Trabajo original publicado 1923)

Freud, S. (1991f) *La pérdida de la realidad en la neurosis y en la psicosis* En *Obras  
Completas* (vol. XIX pp. 189-197) Buenos Aires: Amorrortu Editores (Trabajo original  
publicado 1924)

Freud, S. (1991g) *La escisión del yo en el proceso defensivo* En *Obras Completas* (vol.  
XXIII pp. 271-278) Buenos Aires: Amorrortu Editores (Trabajo original publicado 1940)

Jakobson, R. & Halle, M. (1980) *II El carácter doble del lenguaje* en *Fundamentos del  
lenguaje* (pp.105-111) Madrid: Editorial Ayuso

*La actualidad del caso Schreber* (2010) conferencia dictada en el ciclo de  
conferencias clínicas de la Sección Clínica de Barcelona: “Clásicos lacanianos de la  
psiquiatría”, Barcelona. Recuperado de [http://www.scb-  
icf.net/nodus/contingut/article.php?art=422&rev=49&pub=2](http://www.scb-icf.net/nodus/contingut/article.php?art=422&rev=49&pub=2)

Lacan, J. (1971) *El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como  
se nos revela en la experiencia psicoanalítica* En *Escritos 1* (pp. 11-18) México: Siglo  
Veintiuno editores

Lacan, J. (2007a) *Clase 6: Análisis del discurso y análisis del Yo* En *El Seminario, libro  
1. Los escritos técnicos de Freud* (pp. 103-115) Buenos Aires: Editorial Paidós. (trabajo  
original publicado 1981)

Lacan, J. (2007b) *Clase 7: La tónica de lo imaginario* En *El Seminario, libro 1. Los escritos técnicos de Freud* (pp. 119-140) Buenos Aires: Editorial Paidós. (trabajo original publicado 1981)

Lacan, J. (2007c) *Clase 17: Relación de objeto y relación intersubjetiva* En *El Seminario, libro 1. Los escritos técnicos de Freud* (pp. 303-319) Buenos Aires: Editorial Paidós. (trabajo original publicado 1981)

Lacan, J. (2007d). *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*. En *Escritos*, vol. 1 (pp.473-509). Argentina: Siglo XXI editores (trabajo original publicado 1981)

Lacan, J. (2008). *Clase 3: Topología del Otro* En *Seminario 16* (pp.41-56). Buenos Aires: Editorial Paidós. (Trabajo original publicado 2006)

Lacan, J. (2004a). *El Seminario 3 Las Psicosis*. Buenos Aires: Editorial Paidós

Lacan, J. (2004b). *Clase 8: La forclusión del Nombre del Padre* En *Seminario 5: Las formaciones del inconsciente* (pp. 147-163). Buenos Aires: Editorial Paidós

Lacan, J. (2004c). *Clase 9: La metáfora paterna* En *Seminario 5: Las formaciones del inconsciente* (pp. 165-183). Buenos Aires: Editorial Paidós

Laplanche, J. & Pontalis, J.B. (1971). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Editorial Paidós

Maleval J.C. (2002). *La forclusión del Nombre del Padre*. Buenos Aires: Editorial Paidós

Miller, J-A. (1986). *Recorrido de Lacan. Ocho conferencias*. Buenos Aires: Ediciones Manantial

Nasio, J.D. (1988) *Enseñanza de siete conceptos cruciales del psicoanálisis*.

Barcelona: Gedisa

Nasio, J.D., et al. (2000). *Un caso de Sigmund Freud. Schreber o la paranoia* En *Los más famosos casos de psicosis* (pp.44-77) Buenos Aires: Editorial Paidós

Novas, M. (2004) "*La forclusión del nombre del padre*". *El concepto y su clínica*. De *Jean-Claude Maleval* Recuperado de

<http://www.querencia.psico.edu.uy/libros/mnovas0803.htm>

Saussure, F. (1945) *Naturaleza del signo lingüístico* En *Curso de Lingüística* (pp. 90-96) Buenos Aires: Losada

Schreber, D. P. (1999). *Memorias de un enfermo nervioso*. Buenos Aires: Libros Perfil

Soler, C. (1991). *Estudios sobre las psicosis*. Buenos Aires: Manantial

Soler, C. (2004). *El inconciente a cielo abierto de la psicosis*. Buenos Aires: JVE

Ediciones